

CAPITULO XXX.

Prosigue la materia del pasado, y gánase milagrosamente la fortaleza del Mixton, en cuya batalla se vió á Señor Santiago; bajan los indios de paz, por la predicacion del P. Fr. Antonio de Segovia.

1. Volviendo á los progresos del virey D. Antonio de Mendoza, aconsejado de D. Cristóbal de Oñate, mandó que aceleradamente se moviese el campo para el Mixton, respecto de que se reconoció en aquella mañana despoblado el peñol de Nochiztlan, y se discurrió haberse refugiado en el Mixton como fortaleza mayor del reino, en donde, con efecto, se habian fortificado, y tenian suficiente provision de bastimento; y congregados los indios de Tlaltenanco y Tepechistlan, y los pueblos de la barranca grande y los de Mesquituta, y los demas indios del rio de Tepec, exhortó el virey á todos los soldados diciéndoles, que venciendo aquella fortaleza, como la mayor, entendia conseguir la pacificacion de todo el reino: y así, disponga el señor gobernador, que todos nos sujetamos á sus órdenes. Llegóse al Mixton, repartió Oñate los puestos, formó su sitio, aprontó la artillería en la parte conveniente, para batir las albarradas, que eran los muros que suplían por algunas partes la natural defensa que á dichos indios prestaban las peñas y rocas tajadas del peñol; la tienda del virey asentó tras de la artillería, como parte más segura y que ménos embarazase jugarla á todas partes. V. S., dijo al virey, solo esté á la vista, que su presencia infunde valor y nos alienta: pasó muestra el campo, y to-

dos fueron á reconocer á la tienda del virey; los indios mexicanos y tlaxcaltecos, los de Tetlan, Tonalá y Tlaxomulco, y otros amigos, se engalanaron con las plumas de los de Coynan y Nochiztlan, que fueron de ellas despojados; y creyendo los del Mixton al ver la marcha, que retrocedian los nuestros, temerosos del rompimiento, intentaron salir al alcance, y así se dejaron ver por aquellos riscos, y salian de las albarradas embijados con varios tintes, que parecian demonios; y eran tantos, que se admiró el virey, confirmando lo que Oñate habia ponderado, de que parecia los producía la tierra. Volvieron los nuestros con presteza á ocupar sus puestos, y los del Mixton suspendieron la acometida y se volvieron á su fortaleza; salió despues el virey acompañado de los que le hacian corte; dió vista á todo el peñol; reconoció las estancias en que consistia el sitio, y alentando á los soldados, les decia: que advirtiesen que los españoles que allí habian sido destrozados, se habian fiado y prometídose seguridad, y que así, no hubiese descuido en aquella noche, pues los del Mixton se mostraban ganosos de pelear.

2. Volvió á su tienda, en la que gastó lo restante del dia, consultando sobre si era justificada la guerra ofensiva que á dichos indios se iba á hacer. Uno de los consulto-

res era D. Pedro Gomez de Maraver, dean primero de la santa reciente iglesia de Oaxaca, á quien por sus letras, virtud y prudencia, llevaba dicho virey en su compañía, juntamente con otros religiosos, dos de San Francisco y otros dos de San Agustin; estos eran el R. P. Fr. Francisco de Villafuerte y Fr. Francisco de Salamanca, sujetos de los de mayor nombre en el reino; y de San Francisco el R. P. Fr. Márcos de Niza, quien era uno de los que fomentaban ántes los dictámenes del Sr. D. Fr. Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, diciendo que los indios eran unos miserables, de genios muy dóciles, y que tiránicamente los españoles los avasallaban, y con crueldad los trataban, y que solamente, á mas no poder, ofendian, y que con solo la predicacion bastaba para reducirlos; esto decia cuando estaba en su celda, traqueando libros, y especulando y tratando ya con los indios sujetos en México y en las demas poblaciones de españoles, en las que los indios se mostraban obedientes, pusilánimes y subyugados; pero despues que anduvo como un apóstol entre ellos, en los despoblados de Tzihola, y vió el poco efecto de la predicacion, y experimentó su poca constancia, su ánimo cruel, y despues que conoció ser mas que bárbaros y propriedas, como por sus ojos lo vió en Coynan y Nochiztlan, fué de sentir ser justa la guerra, y que era bien sujetarlos, como que de otra suerte no era fácil reducirlos. Conformáronse con este dictámen los demas, entre quienes se hallaban los dos ministros misioneros de aquellas gentes, Fr. Antonio de Segovia y Fr. Miguel de Bolonia: hicieron varios requerimientos con la paz, y se les ofreció el perdon de su alzamiento; mas á todo se negaron, y así, el dia siguiente comenzó la batería; pero era tal la multitud de indios, que se hizo cómputo de mas

de cien mil. Verdaderamente que en este sitio echaron el resto de su barbaridad y fiereza, porque en el peñol de Nochiztlan solo se les hacia daño con los tiros, mas no se ponian á tiro de que los nuestros les hiciesen daño, ni con las espadas ni alabardas. Mas en este sitio, por defender las entradas, se entraban por las puntas de las lanzas y espadas, y muchos morian; pero en los nuestros tambien hacian daño, y muchas veces los hacian retroceder, de cuya suerte de uno en uno pasaban los dias, quedando los nuestros estropeados, y gastando las noches en la curacion de heridos. Veinte dias habia durado el combate, y muchos de los auxiliares del Mixton, gentiles, se iban retirando por falta de bastimentos, lo que se supo de un trozo de indios del Teul, que afectaron batalla con los nuestros en lo llano.

3. Es el caso, que aunque estos indios del Teul fueron convocados para este alzamiento, ellos se mantuvieron neutrales, porque eran mas avisados; y viendo los del Mixton que no iban á resistir la entrada de los españoles, les remitieron embajada llena de improperios, tratándolos de cobardes; y arbitraron los del Teul hacerse presentes, y salieron dos mil gandules de los mas robustos, y dijeron á los del Mixton: nunca hemos querido coger las armas contra los españoles, porque son nuestros amigos, y aunque algunos de los nuestros se han ido á vosotros, ha sido sin determinacion de sus caciques; si quisiéramos faltar á la amistad que profesamos con dichos españoles, mejor fortaleza es la nuestra, en donde podiamos estar mas seguros: ahora venimos por daros á entender cómo habeis de pelear; si quereis, seguidnos, y salgamos de este peñol, en donde solo como gatos os defendeis. Luego se dió orden de bajar de la fortaleza, y al son de atabales y bocinas, con gran

denuedo, de piedra en piedra y como rodando, bajaron á la falda dando en qué pensar á los nuestros la precipitacion, porque luego se conoció ser gente nueva y de fresco la que descendia; pusieron en arma los nuestros, y quisieron impedir la bajada; mas Oñate dijo: son pocos, y ojalá que todos los del peñol descieran, que en campo raso, nuestra será la victoria. Suspendieron un poco los del Teul, y viendo que los demas empeñados no les seguian, dijo el cacique, cuyo nombre se ignora, debiendo perpetuarse; pues no nos siguen, de otra suerte nos hemos de portar; acometamos y pongámonos pié con pié con los españoles, mas de suerte que solo nos defendamos sin ofenderlos, y haréis lo que yo mandó acometer, y con un grande alarido provocaron á los nuestros, de suerte que ya fué preciso entrarles, rompiendo con los caballos, y los indios procuraban librarse de las lanzas y disparaban por alto sus flechas; los del peñol observaban el fin del suceso, pero sin moverse, y despues de varios encuentros, en que bárbaramente murieron algunos indios, repentinamente arrojaron al suelo sus arcos y carcajes de flechas, á imitacion de su cacique, y se dejaron apresar con tal docilidad, que cada soldado, sin mas que una banda ó cinta, traia tres ó cuatro indios, y muy contentos juzgaban recompensada la fuga de los cautivos de Nochiztlan. Pareció el cacique ante el virey, y por extenso le dió noticia del motivo que tuvo para aquella demostracion, que no fué otro que el de volver por su honor con aquellas naciones, para que en lo venidero no les baldonase de cobardes, y darles á entender no era pelear estarse encaramados, sino salir á campaña, como él lo hizo con los suyos, aunque con la órden de no ofender á los españoles: diósele crédito á su disculpa, porque á una voz todos los soldados tes-

tificaron haber experimentado el tiro por alto de las flechas, por lo que ninguno salió herido. Celebró el virey la accion de los indios del Teul, y no solo los declaró por libres, sino que se les mandó volver sus armas, y que se incorporasen en el campo como auxiliares, como los demas, quedando segunda vez burlados los soldados mexicanos, que ya se juzgaban dueños de esclavos tan robustos y dóciles. Tomóse razon de estos indios, del estado en que se hallaban los sitiados, y se supo ser mucha la angustia que padecian por falta de bastimentos, causa porque ya los mas gentiles se habian retirado, y que del mismo modo podrian irse los demas apóstatas, que es lo que mas sentia el señor virey, porque de no reducirlos en aquella ocasion, se prometia dilatada campaña, ó se veria precisado á desistir de la empresa.

4. Era ya el medio dia, por lo que se tocó á recoger: retiróse el P. Fr. Antonio de Segovia rio abajo, á rezar el oficio divino, y Cristóbal Romero, Juan del Camino y Pedro de Placencia, con otros tres soldados, le siguieron con ánimo de inquirir de dicho padre, si sabia de alguna vereda, como que muchas veces habia frecuentado subir y bajar aquel peñol, y aunque le hicieron instancias, no lo consiguieron, por lo que se volvian dejando á dicho padre en su rezo, cuando oyeron una voz de arriba que decia: dígoles padre Segovia, que por aquí va el camino: vieron entre breñas y zarzales una vereda angosta, y dudando entrar por ella, vieron que en un caballo blanco capitaneaba un caballero, y al mismo tiempo era tanta la multitud de indios, que parecia imposible el entrarles, y por la angostura no podian socorrerle, mas advirtieron que sin detenerse aquel caballero subia, y con la espada en la mano hacia que los indios que resistian el pa-

so, se despeñasen por librarse de sus manos; de esta suerte le seguian estos seis soldados, y cuando ménos lo pensaron se hallaron en la mesa, en la que se formó tan violenta escaramuza, que como la piedra de un molino despide la harina, así caian los indios por las peñas tajadas, desde el plan de la mesa: á la vocería y alarido de los indios, alzaron los del campo del virey los ojos, y vieron como caian precipitados los indios, y luego descubrieron como mas trillada la vereda, y subieron á contener el estrago, que se juzgó semejante á los de Coynan y Nochiztlan, y habiendo subido sin encontrar resistencia, cesó la batalla y se aprehendieron cinco mil indios que se pudieron descubrir aquella tarde entre los riscos y quebradas, y entrando la noche cantando la victoria bajaron al peñol, aunque fué poca advertencia no haber formado en la mesa un real, para desde ella explorar el dia siguiente los barrancos y guaridas; pasada la noche, otro dia queriendo volver á subir, hallaron fortificada la vereda con grandes peñas y con muchos indios que resistian la entrada: al mismo tiempo se dejó ver en lo alto tan crecido número de enemigos, reparando sus albardas, como si no hubieran padecido la derrota y sangrienta carnicería del dia antecedente. Causaba horror ver al pié de las peñas tajadas, amontonados los cuerpos, así de los que voluntariamente se habian despeñado, como de los que en la cima habian quedado, y aquella noche los indios (por desembarazar) habian arrojado. Impaciente el virey de la constancia de los indios en la resistencia, y lastimado por otra parte de los muchos que morian, se vió en puntos de desistir de la empresa, porque se le informó que aquel peñol se comunicaba con toda la sierra que circunda el reino, y que internándose los indios era

mas que difícil el reducirlos, y no decian mal, pues vemos que el Nayarit [que es una bolsa que hace dicha sierra] desde entónces sirvió de abrigo de apóstatas y gentiles, hasta el año pasado de 722, que se ganó, y estando á solo distancia de veinticinco leguas de Guadalaxara, no se les pudo entrar en casi dos siglos, sin cuyo embargo se le dijo por Oñate, Ibarra y demas capitanes, no era conveniente desistir, porque quedarian avilantados, por lo que debia llevarse la cosa á sangre y fuego.

5. Estando en esto, habló el P. Fr. Antonia de Segovia al señor virey, á favor de los indios: ya ha corrido, señor, sus términos la justicia; bueno es se le dé lugar á la misericordia; yo me obligo á subir y me prometo con la gracia de Dios buen efecto bajando á estos pobres reducidos. Suspendióse el virey, pareciéndole no conveniente exponer la vida de un religioso á tan manifiesto peligro; mas lleno de fervor dicho padre, con gracejo, dijo: yo seré fiador de mi vida; y el P. Fr. Miguel de Bolonia tambien se ofreció á la empresa, y sin mas que con sus Cristos, breviarios y bordones subieron, y en dia y medio bajaron seis mil indios con sus caciques: asentaron la paz, y con el perdon, quedaron hasta hoy sin resabio. Estos son los indios de Juchipila y sus comarcas. Divulgóse haber sido Santiago, el que capitaneó á los primeros que subieron al Mixton, lo que se confirmó con no haber ninguno de los soldados en la ocasion, jactándose de ser el primero que halló la vereda, ni ser el que llamó á Romero y á los otros cinco que le siguieron; y el P. Fr. Antonio Tello dice: que en memoria del beneficio edificó el P. Segovia una capilla en dicho peñol dedicada al glorioso Santiago, como la primera que por semejante beneficio fabricó en Tonalá; y aunque no bajó el P. Segovia á todos los

indios empeñolados, fué porque unos temian no conseguir el perdon, y otros padecer la vergüenza de ser reconvenidos, por lo que prometieron al padre se irian á sus pueblos luego aquella noche, lo que cumplieron segun despues se vió, porque habiendo los mas encomenderos despachado

á algunos indios amigos á reconocer sus pueblos, volvian dando razon de estar casi todos, excepto unos ú otros, de que se colige ser los que componian el cuerpo crecido de enemigos, los mas gentiles, especialmente de cascaneas, que son los de Zacatecas, y de serranos, que son los nayaritas.

CAPITULO XXXI.

Prosigue la materia del pasado, y por haber Cristóbal Romero hecho espalda á los indios empeñolados de su encomienda de San Cristóbal, le condenó el virey á muerte; consigue indulto, y vuélvese á México el virey.

1. Al mismo tiempo que se supo haber los indios de Juchipila y comarcas, reduciéndose á sus pueblos estos mismos informaron que en el peñol de la barranca del Rio Grande (que está junto del pueblo de Tepeaca, y era de la encomienda de Cristóbal Romero, que es por lo que hasta hoy se llama la barranca de San Cristóbal) se habian fortificado muchos de los indios que de dicha barranca habian salido á engrosar el campo de los enemigos y habian estado en el Mixton, con cuya noticia salió el virey por el rio abajo de Juchipila, hasta llegar á donde este rio se junta con el Rio Grande; y asentando su campo, mandó se explorasen todas aquellas quebradas, y no hallándose indio alguno en ellas, se supo estaban empeñolados mas de treinta mil. Mandóle á Oñate dispusiese el que algunos capitanes subiesen á castigarles, y con efecto, destacó doscientos soldados, con mil indios auxiliares, y entre ellos á Cristóbal Romero, como encomendero de aquellos pueblos, y tambien por cabo principal nombró á Miguel de Ibarra, quien cercó el peñol, é hizo en aquella tarde sus reque-

rimientos, que no surtieron efecto alguno. Entrada la noche, subió Romero y dió orden de que le llamasen al cacique del pueblo de Tecuistitlan (uno de los de su encomienda); persuadióle á que hiciese que bajasen de paz cuantos habia empeñolados: ellos temerosos no se determinaron; pero les ponderó, que de no hacerlo, moririan todos el dia siguiente, ó serian cáuticos y se los llevarian á México los soldados del virey; con cuya amenaza le rogaron les hiciese espalda para salirse, que prometian volverse á sus pueblos. Hízolo así Romero, valiéndose de algunos soldados mexicanos; y otro dia, subiendo Oñate con su gente, no hubo quien resistiese la entrada, y no se halló mas que á un indio viejo quien dió razon de la fuga; y pareciéndole á Oñate que segun el cerco que habia echado, no pudieran haberse ido sin que se les hubiese dado paso franco, averiguó la culpa de Romero, á quien vendieron sus confidentes: hízosele cargo por el virey, porque no solo salieron los de su encomienda, que con efecto fueron á dar á sus pueblos, sino que se libraron los cascaneas y serranos mas